

ne, a veces a tono de denuncia, las falsas y torcidas interpretaciones del socialismo que no pasan de ser alianzas encubiertas con los intereses de la burguesía o extremismos que comienzan y acaban destruyendo sin proponer nada que sustituya a lo que destruyen. Las teorías de Marx desarrolladas a través de las condiciones objetivas de cada comunidad y momento se exponen como la base incuestionable de cualquier socialismo fecundo.

Me parece que el libro de Lichtheim es útil casi exclusivamente para seminarios universitarios, como punto de partida para discutir sobre temas y movimientos sociales con una previa incitación crítica y localización histórica. ■ E. TIERNO.

LA CONSTRUCCION DE LA RUSIA SOVIETICA

Dentro de la monumental obra que E. H. Carr ha realizado sobre la **Historia de la Rusia Soviética** y que puntualmente viene publicando Alianza Editorial, la segunda parte está dedicada al período comprendido entre 1924 y 1926. De esta difícil etapa han aparecido hasta el momento los dos primeros tomos de los cuatro que componen el total¹.

En el primero de ellos, tras efectuar una presentación del escenario en el que se están desarrollando los acontecimientos y hacer las connotaciones necesarias para no perder en ningún momento el sentido de totalidad de la Historia, Carr se dedica a hacer un profundo análisis de la coyuntura económica.

El problema fundamental con que se encontraron los constructores de «El socialismo en un solo país» fue, como es lógico imaginar, la cuestión campesina. En 1926, de 82.700.000 habitantes censados, 71.700.000 son campesinos y sólo 2.800.000 obreros industriales; sin embargo, la

composición del Partido es muy diferente. Los campesinos únicamente representan al 28,8 por 100 de sus militantes, mientras que los obreros llegan al 56,8 por 100. La falta de un proletariado numeroso y potente haría que el «Partido» tuviera que tomar sobre sí la «dictadura» para preparar el terreno hasta que el proletariado se desarrollase.

Las distintas opciones que se propusieron eran, no podía ser de otra forma, reflejos de las alternativas con que las diversas corrientes dentro del núcleo dirigente intentaban solucionar el conflicto.

Mientras existió Lenin, los problemas se redujeron al mínimo, debido a su indiscutible autoridad, tanto dentro como fuera de los cuadros del Partido. Así, con la implantación de la N. E. P. (Nueva Política Económica) impulsada por él, el auténtico beneficiado fue el campesinado, pero Carr se esfuerza en mostrar cómo los beneficios no llegaron a toda la masa campesina, sino que fundamentalmente los auténticos receptores fueron los «kulaks».

Sin embargo, tras la muerte de Lenin, la N. E. P. es puesta en entredicho por aquellos que pretenden llegar a la meta por el camino más corto y quieren instalar ya una agricultura colectiva a gran escala, es decir, una agricultura socialista. Carr señala, sin embargo, cómo al menos hasta 1926 las cosas no se volvieron realmente contra el «kulak».

Carr estudia a su vez la política industrial que, dada la desproporción señalada anteriormente, es todavía subsidiaria de la agricultura y ve cómo la N. E. P. tiende a favorecer el desarrollo de la industria ligera, postura que sólo variará cuando, tras la celebración de la XIII Conferencia del Partido (enero de 1924), se vio la necesidad de impulsar la industria pesada y fundamentalmente la metalúrgica, lo que empieza a constatarse en la realidad a partir de finales de 1925.

En el segundo tomo, último de los publicados hasta el momento, Carr divide su trabajo entre dos grandes temas. En el primero de estos apartados, analiza las divisiones que se producen dentro del Partido entre dos corrientes opuestas por imponer la línea que cada una de ellas considera más adecuada para alcanzar

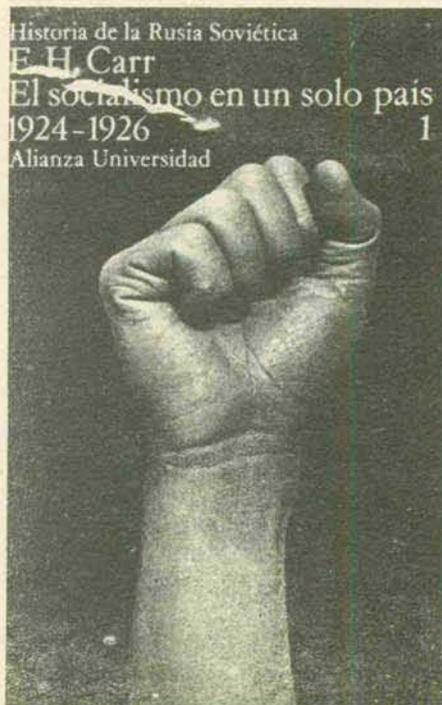
nuevos objetivos, en definitiva, comunes para ambas; es decir, la lucha se va a centrar en cómo construir el socialismo. Las dos grandes figuras de estas corrientes serán Trotski y Stalin.

Para Trotski no es posible construir el socialismo en un solo país, y menos aún en un país industrialmente tan atrasado como la Rusia Soviética, a la vez que estima muy peligrosa la amenaza del mundo capitalista, si no se potencia la ola de explosiones revolucionarias esperada desde 1917.

Sin embargo, Stalin sí considera posible avanzar hacia el socialismo aisladamente y está dispuesto a implantar esta vía sin el Oeste e incluso contra el Oeste.

Carr nos muestra cómo el triunfo de Stalin no se debió tanto a que defendiera la línea correcta como a que supo aprovechar en su favor las enormes mutaciones que se habían efectuado en la composición del Partido y, sobre todo, del «nuevo» papel que el Partido desarrollaba como constructor del orden soviético.

Sobre estos temas acaban de aparecer dos obras fundamentales y que creo son de lectura imprescindible para una mejor comprensión: nos estamos refiriendo a una recopilación de artículos de Bujarin, referentes al período de la N. E. P. (textos



¹ E. H. Carr: **El socialismo en un solo país**. Alianza Universidad, núms. 85 y 120. Madrid.

hasta ahora inéditos en castellano) ², y "los escritos de Stalin agrupados bajo el título «Fundamentos del leninismo» ³.

Sobre todo en el terreno ideológico, «El socialismo en un solo país» presenta varias interrogantes que creemos convendría se hubieran matizado más, como, por ejemplo, el papel desarrollado por Bujarin o la pretendida inconstancia de Trotski para defender su propias tesis o para defender a sus seguidores, aunque quizá dichas interrogantes vengan explicadas en los tomos que faltan por publicar y que aún no hemos podido estudiar. ■ **VALENTIN MEDDEL ORTEGA.**

² Nikolai Bujarin: **Problemas de la edificación socialista.** Avance. Colección Textos de Apoyo, núm. 4. Madrid, 186 pp.

³ José Stalin: **Fundamentos del leninismo.** Akal. Madrid, 146 pp.

J. J. LINZ, ENTRE LA ERUDICION Y LA POLITICA

No necesita amplia presentación Juan J. Linz (Bonn, 1926), colaborador de Arboleya, profesor de las Universidades de Columbia, Standford, Berkeley y, actualmente, de Sociología y Ciencia Política en la de Yale, asesor del Departamento de Estado —todo ello, es obvio, allá por la metrópoli del Imperio—, «padre espiritual» de un nutrido grupo de sociólogos españoles: González Anleo, López Pina, Marsal, Amando de Miguel, Toharia, entre otros, y autor de diversos trabajos, dos de los cuales, los últimos publicados en España, motivan este comentario.

El primero, «**Cinco siglos de historia española: cuantificación y comparación**», correctamente traducido por José de Celis Bores, forma parte (págs. 165-273) del volumen titulado «**Las dimensiones del pasado. Estudios de historia cuantitativa**» (Madrid, Alianza Editorial, 1975). Según advierte el autor, el trabajo fue preparado principal-

mente en bibliotecas de los Estados Unidos en 1967-68 y posteriormente revisado para «Las dimensiones del pasado», publicado en su versión original en 1972, por lo cual sólo recoge bibliografía hasta la fecha indicada.

Enfrentado al concepto de cuantificación que «no está correlacionada —ni positiva ni negativamente— con la calidad» (pág. 166), Linz adopta un criterio ecléctico, incluyendo en su trabajo títulos que, sin que se puedan encuadrar plenamente en el ámbito cuantitativo, recogen datos, aunque sea de forma incidental y sin elaborar.

Estamos ante una bibliografía comentada dividida en tres partes. En la primera se dedica especial atención a la obra de Carande, Hamilton, los Chaunu, Salomon, Gentil da Silva, Bennisar, Lapeyre, etc. En la segunda, entre otros muchos, se ocupa ampliamente de los trabajos de Pierre Vilar y Gonzalo Anés. La tercera, mucho más amplia que las anteriores, destaca entre los temas básicos de la historia española del período que esperan un tratamiento cuantitativo: 1) la explicación de la lenta y tardía industrialización de España, fenómeno «especialmente sorprendente»; 2) la comprensión de «la historia social y sus conflictos» a través del estudio de «la propiedad y el régimen de tenencia de la tierra, la productividad, la población», etc., «en algunas zonas seleccionadas», y 3) la explicación del fracaso «en crear una democracia estable». Con estas directrices, Linz hace un amplio análisis de las fuentes cuantitativas en los más diversos aspectos de la historia nacional, dedicando especial atención a los censos y estadísticas, cortes y elecciones, movimiento obrero, estructura social y económica del campo, hacienda, precios e industrialización, entre otros temas.

La mayor extensión y diversidad de los asuntos tratados en esta última parte, hace que resulte más dispersa que las anteriores. No es este el lugar adecuado para señalar las lagunas existentes en el trabajo de Linz, pues nos llevaría a unas notas de carácter erudito que desbordarían con mucho los límites de un breve comentario. En todo caso el estudio resulta de gran utilidad, no sólo para la historia cuantitativa, sino para la de España en general y es de lamentar

que su autor no haya continuado su trabajo hasta fecha más reciente, en la que los estudios de los que se ocupa han experimentado un notable incremento en cantidad y calidad.

La segunda es una obra ya clásica de Linz: «**El sistema de partidos en España**» (Madrid, Narcea, 1974. A pesar de esa fecha, el libro se ha puesto a la venta muy recientemente). La edición original es de 1967 y en la contraportada de la edición española puede leerse: «El lector deberá tener presentes las subsiguientes publicaciones del autor sobre la estructura de la sociedad española.» Antes de seguir hay que consignar que, tanto la traducción como la edición, dejan bastante que desear. Hay párrafos sin sentido, abundan las erratas tanto en el texto como en los cuadros, faltan líneas, de 25 cuadros se citan las fuentes sobre las que han sido elaborados, en 8 de ellos solamente, etc. Por ello no es extraño que el propio Linz calificase esta edición de cuasi pirata, «porque ha sido editada sin las necesarias notas y sin mi supervisión» (V. «Cambio 16», núm. 181, pág. 37).

Tras analizar el sistema de partidos de la Restauración, su descomposición, la trayectoria de socialistas, republicanos y regionalistas durante dicho período, Linz estudia las elecciones municipales, el sistema de partidos de la República, y dedica uno de los capítulos más extensos del libro a la ley electoral (8-5-1931) republicana, aunque no cita para nada su reforma de 1933 que elevó de un 20 a un 40 por 100 el mínimo de votos necesarios por distrito para lograr la proclamación de candidatos a diputados (V., p. ej., SEVILLA ANDRES, Diego: «**Constituciones y otras Leyes y proyectos políticos de España**». Madrid, Editora Nacional, 1968. T. II, págs. 315-316).

Trata después de los partidos derechistas, fascistas y del Partido Comunista, así como de los partidos regionalistas durante la República, para cerrar el libro con un capítulo titulado «El futuro», que merece especial atención. En este capítulo, Linz se plantea la posible continuidad de los partidos existentes en la República, concluyendo que «en muchos aspectos casi todos los partidos de la República están muertos» (pág. 178). Descartado el movimiento anarcosindicalista —«los